
Nona Fernández (2016)

La dimensión desconocida.

Santiago de Chile: Random House Mondadori, 158 páginas.

Reseñado por Mariela Peller

Universidad de Buenos Aires, CONICET

¿Qué memorias se construyen sobre la violencia de la dictadura en Chile? ¿Qué se recuerda y qué se olvida? ¿Qué hacemos hoy con ese pasado? Estas preguntas, que articulan toda la obra de Nona Fernández (Santiago de Chile, 1971), regresan en su última novela, *La dimensión desconocida*. Fernández es escritora, dramaturga y actriz. Ha publicado otras cinco novelas, un libro de cuentos y dos obras de teatro. Todas sus obras tratan sobre la experiencia personal e histórica de crecer en dictadura, interrogándose sobre el pasado reciente chileno desde la posición renovada de las nuevas generaciones.

La dimensión desconocida es la historia de Andrés Valenzuela, agente secreto y torturador chileno encubierto, que se arrepintió y confesó a la prensa crímenes cometidos contra los derechos humanos durante el régimen de Pinochet. El argumento nace de acontecimientos reales, que se cruzan con aspectos de la vida de la autora y con documentos de archivo para fusionarse en un texto híbrido. Mezcla de ficción, crónica y biografía, la novela traspasa las fronteras de los géneros, para formar parte de

una tendencia cultural y artística a la producción de textualidades con pactos de lectura ambiguos. Tendencia que encuentra un fuerte anclaje en sociedades que intentan producir memorias públicas y dar cuenta de experiencias de pasados traumáticos. Como han señalado tanto Leonor Arfuch como Régine Robin, estas textualidades híbridas —como la autoficción y la autobiografía— si bien se construyen con procedimientos ficcionales, trazan líneas que permiten identificar autor, narrador y personaje. Son relatos que no se pretenden verídicos pero que, no obstante, llevan marcas de autenticidad, posibilitando modos diversos de vinculación entre memoria, identidad e historia.

En la novela Fernández adopta el punto de vista del represor. Es la historia de un soldado que decidió no continuar obedeciendo órdenes criminales y se convirtió en traidor. Es la historia de un “monstruo arrepentido” (154). Ella vio por primera vez a Valenzuela en 1984 en la revista *Cauce*, junto a sus compañeros del liceo. “Yo torturé”, decía el artículo que relataba detenciones, desapariciones,

torturas, ejecuciones y fosas comunes. El vínculo entre la narradora y Valenzuela se sostiene, en el libro, por medio de cartas. En la primera ella escribe: "Estimado Andrés, soy la mujer que está dispuesta a pintarse un bigote para asumir su rol" (16). Escribir desde esa posición incómoda le permite dejar testimonio del horror y abrirnos las puertas a la dimensión desconocida.

Recordemos que La dimensión desconocida (en inglés *Twilight Zone*) fue un programa de ciencia ficción norteamericano muy popular entre los niños latinoamericanos en la década del setenta. La analogía de la novela con la serie señala que ese territorio al que accedemos mediante el libro tiene mucho de fantástico y de terror, pero que no es menos real que la realidad cotidiana que los ciudadanos experimentaban durante la dictadura. Mientras ella siendo niña merendaba mirando televisión con normalidad, existía una realidad paralela que permanecía desconocida, en la que reinaban monstruosidades.

El libro se divide en cuatro partes: "Zona de ingreso", "Zona de contacto", "Zona de fantasmas" y "Zona de escape". En la primera, Fernández nos lleva a la dimensión desconocida del pasado y nos alerta sobre la necesidad de ingresar allí junto con las herramientas de la imaginación y la ficción. Porque si su texto apela fuertemente a la memoria y al olvido colectivos, se despliega también sobre recuerdos y saberes reelaborados, inventados e imaginados.

Como había desarrollado en *Chilean Electric* (2015), cuando proponía "iluminar con la letra la temible oscuridad", en su última novela Fernández reflexiona nuevamente sobre el propio proceso de escritura. El epígrafe refiere a la capacidad de la imaginación para reponer la información escamoteada y los deslices de la memoria: "Imagino y completo los relatos truncos, rearmo los cuentos a medias. Imagino y puedo resucitar las huellas de la balacera" (5). El arte, la escritura y la imaginación pueden colaborar en la comprensión del pasado para permitirnos actuar ética y políticamente en el futuro. Sin imaginación y ficción no hay saber posible sobre el pasado.

La segunda parte, "Zona de contacto", relata las experiencias de quienes fueron víctimas de la violencia. Fernández repone las vidas de los desaparecidos y los momentos en los que fueron conducidos a la dimensión desconocida. La novela menciona cada una de esas vidas destrozadas y escribe los nombres a modo de homenaje, para que salgan del olvido y pasen a la dimensión del conocimiento colectivo.

La tercera parte, "Zona de fantasmas", focaliza sobre el recorrido realizado por Valenzuela para salir del país desde el momento en que, tras su confesión, su vida empezó a peligrar por ser considerado un traidor. La narradora, que recuerda distintas lecturas de ánimas que la han impactado en su infancia, lo imagina en un escape en el que es asediado por

fantasmas y muertos que reviven para matarlo y vengarse.

Al final del libro, en “Zona de escape”, Fernández hace un giro y relata la vida de Estrella González —su compañera de liceo, hija de uno de los responsables del caso “degollados”— que ya había aparecido en *Space Invaders* (2014) y en su relato “Hijos” (2013). Este giro le permite incorporar la generación de “los hijos” en el relato, quienes sin haber sido partícipes directos cargaron con las consecuencias. La narradora alude a la canción de Billy Joel para ilustrar la posición de su generación: “We didn’t start the fire, no we didn’t light it, but we tried to fight it.” (136). La violencia de los años dictatoriales no fue escogida por quienes eran niños en esa época. No obstante, como herederos de ese pasado deben asumir responsabilidades para combatir sus efectos en el presente.

Además de referirse a la herencia de la generación de los hijos, el relato avanza hacia el lugar que hoy ocupa la tercera generación, la de los nietos. El libro narra un homenaje de 2016 a tres asesinados en dictadura. El hijo de una de las víctimas lee una carta enviada por su propia hija desde Europa. Escribe Fernández: “Mientras Guerrero hijo lee la carta, pienso que este memorial y toda esta ceremonia es para ella. No para su abuelo y sus compañeros, no para sus padres, no para nosotros, sino para ella” (139). Como ha señalado Jacques Hassoun en *Los contrabandistas de la memoria*, toda transmisión puede ser entendida como un acto de pasaje entre tres generaciones. Una transmisión

lograda permitiría al sujeto la producción de una voz propia, que incorpore legados del pasado pero que a la vez se desplace respecto del relato de origen. La obra de Fernández trabaja para lograr esa transmisión.

La dimensión desconocida es un libro indispensable para comprender el pasado reciente latinoamericano y reflexionar sobre las complejidades de la memoria. Junto con *Space Invaders* (2014) y *Chilean Electric* (2015) componen una trilogía que trata los efectos del terrorismo de Estado sobre una diversidad de sujetos: sobre quienes fueron niños y adolescentes en aquellos años, sobre quienes cometieron crímenes, sobre quienes fueron militantes, sobre quienes tienen familiares desaparecidos, sobre quienes fueron tocados por la violencia en su vida cotidiana. Movida por un deseo de responsabilidad, en cada nuevo texto, Fernández amplía su cartografía intentando visibilizar todas las vidas perturbadas por el horror, para que ninguna pase al olvido.